

La Pucela de Orleans¹

Prólogo

La *Pucela* que escribe Shakespeare en *La primera Parte de El Rey Enrique VI* es zagala hija de poco, marimacho, gorrón cuartelero, bruja y diablesa, o barragana del diablo, y anda medio tarada, la pobre, que se sueña princesa, virgencita, divina.

¹ Manuel Palazón Blasco, *segundos juguetes que he fabricado revolviendo en los armarios de Shakespeare*. Valencia, Obrapropia. ISBN 978-84-16048-22-9. Depósito Legal: V-3163-2013.

¿Beata de Dios o del Ángel Caído?

Salisbury cercaba Orleans. Carlos, Delfín de Francia, observando su furia, no se atrevía a ir contra él. Pero el Bastardo trae “socorro”, “una *santa* doncella [a *holy maid*]” a quien “el Cielo” ha “ordenado”, “en una *visión*”, “romper este tedioso sitio” y echar a los ingleses de Francia (I, II, 50 – 54). *Visión* “vale (...) especie, que Dios envía, o infunde por modo de revelación, ya sea en objeto real, o aparente” (*Aut.*). En una (y viene, sí, del “Cielo”) aprende Juana sus trabajos, que son patrióticos (I, II, 52 - 54).

En la *historia* que ella se cuenta (en la que cuenta, *aparte*, a Carlos), Juana era, “por nacimiento, hija de un pastor...” (I, II, 72) Pero “el Cielo y Nuestra graciosa Señora han querido / dar lustre a mi contemptible estado” (I, II, 74 – 75). Se le había aparecido “la Madre de Dios”, revelándose en estupenda “*visión*”, con aviso y luces, y mandó que “abandonase [su] baja vocación” y “librase” a su “país de la calamidad”, y la mejoró mucho, y quiso que conociese todas las cosas, las de antes, las de luego, y la hizo brava (I, II, 72 – 92). La tocó, pues, “la Madre de Cristo” (I, II, 106) en su visitación, llenándola de gracia, de gracias. Luego, en Touraina, en el cementerio dedicado a Santa Catalina (su hada madrina), halló una espada maravillosa, guarnecida con cinco flores de lis, y terminó de ordenarse de caballera muy iluminada (I, II, 98 – 101).

El Delfín Carlos ensayó primero el ingenio de la niña, y lo halló agudo. “No os asombréis [Be not amazed].² No hay nada que pueda esconderse de mí” (I, II, 68).

Puede responder a cualquier pregunta *all'improvviso* (I, II, 87 – 88). El Bastardo de Orleans cree que Juana posee, en efecto, el “don sobrenatural” (*Aut.*) de la “profecía”, y aventaja, en él, a “las nueve sibilas de la vieja Roma: / puede revelar lo pasado y lo por venir ” (I, II, 55 – 57).

Su espada es la “de Débora” (I, II, 105). Débora, verás, se asemeja a Juana más por sus fantásticos pronósticos que en ser diestra espadachina. Débora, “madre de Israel”, juzgaba y anunciaba futuros a la sombra de su palmera sagrada, entre Ramá y Betel, en la montaña de Efraím. Que un torrente volcaría los novecientos carros de Yabín, el rey de Canaán, que quería avasallarlos, en el barranco de Quisón, y que una mujer muy osada, Yael, mataría a su capitán, Sísara, huido, en su tienda (*Jueces*, IV, 4 - 6).

² “Be not amazed” (I, II, 68). Miranda ha contemplado la *tempestad* de cuento que ha levantado su padre, y Próspero usa una frase semejante para sosegarla: “Be collected. No more amazement.” “Serenaos, y que cese vuestra confusión.” (*La tempestad*, I, II, 13 – 14).

Carlos entiende que puede más que “Helena, la madre del gran Constantino”, y que “las hijas de san Felipe” (I, II, 142 – 143). Helena fue peregrina famosa en Jerusalén, y encontró, en el Gólgota, la veracruz. Felipe fue evangelista, y uno de los siete primeros diáconos de la iglesia. Tuvo cuatro hijas, vírgenes todas, y todas adivinas. Están sepultadas junto a su padre, en Hierópolis. Hierópolis era provincia de Frigia, país de magas.³

Si ella se dice ahijada de María y Santa Catalina, la favorita del Cielo, sus contrarios (los héroes de este cuento) la hacen amiga de Satanás. El Talbot la llama “diabla, o dama del diablo” (“*devil, or devil’s dam*” [I, V, 5]). “Dama” es “la manceba o concubina con quien se tiene comunicación ilícita” (*Aut.*). Es la “asquerosa enemiga [*fiend*] de Francia y demonia [*bag*] dañina (III, II, 52). “*Fiend*”, en inglés, lo mismo que “*enemigo*” en castellano, “por antonomasia y absolutamente se entiende el demonio”. “*Hag*” significa “*diabla*”, y “*bruja*”, y “*vieja fea, sucia o malvada*”. Juana preside “la ayuda del infierno” (II, I, 18). Practica y tiene conversación “con espíritus” (II, I, 25). Le da escolta “su viejo familiar⁴”, su cojuelo privado (III, II, 121 – 122).

En cambio “Dios” es la “fortaleza” de los ingleses: actúan, ellos, amparados bajo Su “nombre conquistador” (II, I, 26). De hecho, cuando el Coro anuncia la muerte de Enrique Quinto de Inglaterra lo llama “Rey de Reyes” (I, I, 28) (el título del jinete tremendo que vendrá para derrotar a la Bestia y al falso profeta en nuestras últimas [*Apocalipsis*, XIX, 16]) y “Señor de las Huestes” (I, I, 31) (el nombre que daba Isaías a Yahvéh Terrible).

El Correo inglés trae noticia de una “santa profetisa nueva” (“a holy prophetess new risen up” [I, IV, 102]). Pero el Talbot lo corrige, y agota su vocabulario para darle a Juana todos los nombres de la escolar. “Eres una bruja [a witch] / y voy a dar tu alma al señor que sirves” (I, V, 6 - 7). Era la “bruja” (“witch”) que aterrorizaba a sus ejércitos (I, V, 21). Era “bruja”, una “condenada hechicera” (“that witch, that damned sorceress” [III, II, 38]). Era “Hécate” (III, II, 64). También York la llama “bruja” (“witch”), y “Circe” (V, III, 34 – 35). Las últimas palabras se las dirige Ricardo Plantagenet: “Tú, sucio y maldito ministro del infierno” (V, IV, 95).

³ *Hechos de los apóstoles*, XXI, 8 – 9; *Carta a san Víctor* de Polícrates, obispo de Éfeso; *Diálogo de Cayo*; *Historia Eclesiástica*, III, xxxii, de Eusebio; *Martirologio*, de san Isidoro; *La Leyenda Dorada* de Santiago de la Vorágine.

⁴ “También llaman *familiares* a los demonios que tienen trato con alguna persona; traen origen de los duendes de casas, que los antiguos llamaban dioses lares...” (Cov.)

Su *verdadera* naturaleza (la que Shakespeare confirma) se manifiesta en V, III. Allí Juana *hace* a la bruja. Frente a los muros de Angers, sola, que sus camaradas han salido por piernas, la Pucela ¿reza? No. Reúne “encantamientos y amuletos [charming spells and periapts]” (V, III, 2). Está convocando a los “sujetos / del señorial monarca del norte” (quiere decir, Lucifer) (V, III, 5 – 6), a sus “espíritus familiares” (V, III, 10), los que la acompañaban y aconsejaban. Ellos acuden enseguida, pero pasean el escenario taciturnos, callados, cabizbajos. La Niña pide por Francia.

*--¡Ay! No alarguéis este silencio más de la cuenta,
Si antes os he dado a beber mi sangre a menudo, con gusto,
Ahora me arrancaré algún miembro y os lo daré,
Como adelanto de otros beneficios,
Si condescendéis a ayudarme ahora.
[Ellos agachan la cabeza.]
¿No me remediareís? Con mi cuerpo
Os pagaré recompensa, si satisfacéis esta demanda.
[Sacuden la cabeza.]
¿No? Mi cuerpo y mi sangre, ¿no os bastan?
(...)
¡Tomad, entonces, mi alma, mi alma, mi cuerpo, todo...!*

(V, III, 1 – 22)

Han llegado rápidos, pero indiferentes: la han abandonado (V, III, 24), ya no los mueven sus conjuros (V, III, 27 – 28). Se ha quedado sola, y nada puede.

¿Blanca o morena?

En la *historia* que ella se cuenta Juana había sido “negra y oscura”, morena, muy estropeada por aires y soles, pero María la volvió blanca, y le dio “la belleza que me bendice, y que podéis ver” (I, II, 84 – 86). Pero York la encuentra “fea” (“ugly” [V, III, 34]). Y Talbot “asquerosa”, “horrorosa” (“*foul*”: el adjetivo vale para el cuerpo y el alma [III, II, 52]).

Hija ¿de qué?

En su alucinado relato Juana es “por nacimiento, hija de un pastor” (I, II, 72). Su “estado” (su “especie, calidad, grado y orden” [*Aut.*]) había sido “contemptible” (“lo mismo que despreciable” [*Aut.*]); su “vocación” (la de ovejera), “baja” (I, II, 80).

Guardaban a Juana de Arco, la Niña de Orleans, en el campamento del Duque de York, en Anjou. En vísperas de su hoguera la visitó uno con cayado, pellico y morral, tirándose de las blancas barbas, echando lágrima, diciendo, Juanilla, Juanilla, “mi dulce hija”, que se me romperá el corazón si veo tu muerte tan adelantada, muy a destiempo. No. No. Aquel *Vejele* de entremés, aquel *Pastor* de farsa, o cuasi comedia, que venía a llorarla tan tarde, no podía ser su padre. Aquél era un “miserable decrepito”, “un desbragado bajo e innoble” (V, IV, 7). “Thou art no father nor no friend of mine” (V, IV, 9). No era su padre, ni amigo suyo. Una y otra vez lo niega y desconoce. No es criatura suya, ni tiene nada con él. “Deny me not...” (“No me niegues...” [V, IV, 20]) “Dost thou deny thy father, cursed drab?” (“¿Negarás a tu padre, maldita perra?” [V, IV, 32]) Porque negaba su “parentesco” la Pucela perdía la gracia (V, IV, 14). Negar “vale (...) olvidarse o retirarse de lo que antes se estimaba o frecuentaba”, “desdeñar, esquivar alguna cosa, o no reconocerla como propia, o que de algún modo no le pertenece”, y “se toma asimismo por faltar, o no corresponder, a la obligación que inducen algunos títulos o afectos” (*Aut.*). No se arrodillará ante él para recibir su “bendición” (V, IV, 25 - 26).

Pastor: ¿No te doblas? [*Wilt thou not stoop?*] ¡Pues maldigo la hora
De tu natividad! ¡Ojalá hubieras mamado matarratas
De los pechos de tu madre!
¡Quisiera que algún lobo hambriento se te hubiera comido
Cuando pastoreabas mis ovejas!
¿Y negarás a tu padre, maldita perra?
¡Bah! ¡Quemadla, quemadla, que la horca es patíbulo demasiado alto para ella!

(V, IV, 26 – 33)

Juana se querella contra sus jueces. Buscaban, con eso, “oscurecer [su] noble nacimiento” (V, IV, 22). Y es que ella “descendía de sangre más gentil” (V, IV, 8). No la había engendrado un “pastor villano”, sino que venía “de progenie de reyes” (V, IV, 36 – 37). Juana ha dicho su *novela familiar*.

¿Pucela o putaña?

Carlos la compara con diosas opuestas. Le parecía Juana “hija de Astrea” (I, VI, 4) (Astrea es otro nombre de Virgo, la pudorosa), y “la estrella de Venus, abajada” (I, II, 144). “*Pucela* o *putaña* [*Pucelle* or *pussel*” (I, II, 107). Así saluda *el* Talbot la noticia de aquella extraordinaria mujer, discutiendo su vocación virginal.

En la *historia* que ella se cuenta Juana gasta, por apellido, el de “la *Pucela*”, o sea, “la *Niña*”, “la *Doncella*”. “No debo rendirme a los ritos del amor, / pues mi profesión es sagrada, y viene de arriba” (I, II, 113 – 114). Era, sí, “una *doncella*” (“a maid” [IV, VII, 38]). “Juana de Arco ha sido / *virgen* [a virgin] desde su más tierna infancia, / *casta*, *inmaculada* hasta en el pensamiento”, y su “sangre”, que iban a derramar, era “de doncella” (“maiden”) (V, IV, 49 – 52). Segunda María. No ha conocido, entonces, ni quiere, varón.

Desde el principio los *hombres* (los franceses lo mismo que los ingleses) babean delante de Juana, y la putean.

Carlos desafió a Juana, para probar cuánto valía, si valía, apuntando suciedades con una sonrisa gamberra: “En combate singular *lucharás* [thou shalt *buckle*] conmigo” (I, II, 95). Él no temía “a ninguna mujer” (I, II, 102). Su autor, borde, hace que ella replique con una frase que dice su gana: “Y, mientras yo viva, no huiré de hombre alguno” (I, II, 103). La Pucela le dio estocada, y lo rinde de muchas maneras. El duelo incendió a Carlos, lo llenó de impaciencia, y la corteja más a la letra. La deseaba. Le había ganado, la bella forzuda, de una, el corazón y las manos. Desde ahora la serviría, y ya no sería su “soberano” (I, II, 108 – 112). Pero ella no podía sujetarse todavía a los “ritos del amor”, pues había hecho “profesión” de virgen consagrada (I, II, 113 – 114). No obstante, cuando haya expulsado de Francia a todos sus enemigos pensará en una “recompensa”⁵ (I, II, 115 – 116).

Viendo cuánto “se alargaba la plática”, tan apartada y privada, del Delfín y la zagala, los cortesanos la glosan groseros, Carlos la estará oyendo en confesión, y ella le habrá desnudado el alma, y andará ya en camisa, tentándolo, y con mirar a la muchacha se crece (se hincha) él (I, II, 118 – 122). Y se santiguan: “Estas mujeres son *torcidas tentadoras* [*shrewd tempters*] con la lengua” (I, II, 123). *Ecce* Eva.

⁵ Lo mismo prometerá a sus demonios familiares.

Más adelante, cuando los ingleses tomen Orleans, Burgundia sacará a plaza el concubinato más o menos secreto de Carlos y Juana: “He asustado al Delfín y a su fulana [his *trull*]. / Corrían cogidos del brazo, como una pareja de tórtolos / que no pueden vivir apartados ni de día ni de noche” (II, II, 28 – 31).

También Talbot, como Carlos, lucharía con ella amorosamente: “Pelearé contigo.” “I’ll have a bout with thee” (I, V, 4). Y ronca aún: “Te haré sangre.” “Blood will I draw on thee” (I, V, 6). Hacerle sangre ¿no vale violarla? En cambio, el hijo del capitán inglés, “mozo virginal” (“maiden youth” [IV, VII, 38]), la esquivo, espantado.

Burgundia: *Pero ¿qué es esa Pucela que hacen tan pura?*

Talbot: *Una doncella, dicen.*

Bedford: *¿Doncella, y tan marcial?*

Burgundia: *Quiera Dios que veamos probado que no es masculina antes de mucho,
Si bajo el estandarte de los franceses
Lleva la armadura como en estos principios.*

(II, I, 20 – 24)

Otra vez se burlan de la pureza de Juana, poniéndola en tela de juicio. El chiste hay que explicarlo: si yace con los soldados franceses, empalmados, quedará embarazada y se descubrirá, así, su condición de mujer.⁶

En Ruán de nuevo topan *la* Pucela y *el* Talbot en la batalla. La rodeaban sus “rijosos galanes” (“lustful paramours” [III, II, 53]). “*Damisela*, vamos a batirnos otra vez” (III, II, 56). “¿Tan caliente estáis, señor?”, replicaba ella (III, II, 58). Y quiere decir, la pícara: ¿Acaso me batiríais los ijares?. “*Damsel*”, en inglés, lo mismo que “*damisela*”, en castellano, “por extensión se suele llamar (...) la Dama Cortesana”, o sea, “la mujer expuesta y de ruin trato” (*Aut.*).

Sin el Duque de Burgundia de su lado, el Delfín Carlos atrasa. Pedían a Juana que usase “políticas secretas” (III, III, 12). Los alcahuetes disimulan torpemente su oficio. “Empléate, *dulce virgen* [*sweet virgin*]” (III, III, 16). Querían que encantase (“*enchant him*”) a Burgundia con “palabras azucaradas” para que abandonase a los ingleses y cambiase de bandera (III, III, 18 – 20 y 40). Fue y lo logró. “La Pucela ha representado bravamente su parte en esto” (III, III, 88).

⁶ Sanders, 1981: 181. Nota a II, I, 22 – 24.

En otra, delante de Burdeos, la Pucela se encontró con el hijo de Talbot, y lo retó: “Tú, mozo virginal [maiden], sé derrotado por una *virgen* [a *maid*].” El calcillas respondió que “no había nacido / para ser el pillaje de una *loba* [a *giglot wench*]”, y corrió a meterse “en las tripas de los franceses” (IV, VII, 37 – 43).]] “A *giglot wench*” significa mujer demasiado alegre. Traduzco “*loba*”, que es lo mismo que ramera (el *lupanar* es la casa de loba), y pega además con la frase.

Aquí ya no valen los nombres que se da Juana, o la opinión de los otros. La Maga ha convocado a sus “espíritus familiares” y les asegura que, del mismo modo que hasta ahora les había dado a beber su sangre, si la ayudaban en ésta les ofrecía el cuerpo y el alma, “todo” (V, III, 1 – 22).

A punto de muerte, delante de sus jueces, la Pucela se declara “virtuosa y santa, escogida desde arriba / por inspiración de la gracia celestial / para obrar milagros notables en la tierra”. Y no tenía, asegura, trato con “espíritus malignos”. “Juana de Arco ha sido / virgen desde su más tierna infancia, / casta, inmaculada hasta en el pensamiento, / y mi sangre de doncella, derramada con tanto rigor, / clamará venganza ante las puertas del cielo” (V, IV, 36 – 53). Sus jueces hacían befa de sus palabras:

--Oídmme, señores, por amor de su flor
No aborramos leña, traed maderá suficiente
Y pondremos barriles de brea en la picota
Con tal de abreviar su tormento.

(V, IV, 55 – 58)

Juana descubrirá entonces su “pecado”, su “debilidad”, su falla trágica (“my infirmity”), que acaso le sirva de “privilegio”:

Pucela: ...*Sabed, sanguinarios homicidas, que estoy embarazada.*
No asesinéis, pues, el fruto que guardo en mi vientre,
Aunque reservéis para mí una muerte violenta.

Ricardo: *¡Que el cielo lo impida! ¿La santa doncella preñada?*

Warwick: *¡Éste ha sido, en verdad, tu milagro mayor!*
Y ¿en esto ha parado tu estricta pulcritud?

(V, IV, 59 – 67)

Sería del Delfín, que se la arrimaba. Y no sufrirían un bastardo de Carlos. ¡No, no! ¡Era de Alençon!

--¿Alençon? ¿El notorio Maquiavelo?
Morirá aunque tenga mil vidas.
--Oh, perdonadme, os he engañado.
No quise nombrar a Carlos, ni al Duque,
Sino que fue Reigner, el Rey de Nápoles, quien prevaleció conmigo.
--¡Un hombre casado! ¡Eso es lo más intolerable!
--¡Vaya con la moza! Me parece que no sabe muy bien,
De tantos ha gozado, a quien acusar.
--Es señal de que se ha mostrado, con lo suyo, liberal y graciosa.
--¡Y todavía, a fe mía, es una virgen pura!
Furcia, tus palabras condenan, contigo, a tu cachorro.

(V, IV, 68 – 85)

La Niña de Orleans huele a chamusquina. Intenta defenderse con esto y con lo otro. Hace la *parte* ridícula, y sale muy estropeada.

Y, en fin, su padre, viendo que Juana lo desconoce, la trata de “maldita perra [cursed drab]”, y pide que la quemen, que la quemen (V, IV, 32 - 33).

Patriota

La misión de Juana (palabra del Cielo) es bélica, y patriótica: romper, primero, el “tedioso sitio” de Orleans, y expulsar, luego, a los ingleses de Francia (I, II, 50 – 57). “Yo he sido asignada⁷ [assigned] para ser el azote de los ingleses [the English scourge]”, dice, y afirma que esa misma noche levantaría el asedio de la villa. “Esperad el veranillo de San Martín, días alciónicos⁸, / desde que he entrado en estas guerras” (I, II, 125 – 132).

Aparece “vestida de armadura” (“clad in armour” [I, V, 3]). Lleva, por atributo, la espada de cuento que el Delfín apellida “de Débora” (I, II, 105), escogida entre un montón de viejos hierros (I, II, 101), adornada con cinco flores de lis (I, II, 98 – 101). Con su esgrima desarma fácilmente al Delfín Carlos (I, II, 104 – 105) y desvía las cuchilladas de Talbot (I, V, 4 – 13). Es “Amazona” (I, II, 104), “marcial” (II, I, 21). La inspiraba un “aguila” (y no, como a Mahoma, una “paloma” [I, II, 140 – 141]). Sería (haría) la “guardia” de los franceses (I, II, 127).

La Pucela es la campeona de Francia; *el* Talbot, el valiente de los ingleses, el hombre del saco de las pesadillas de los niños franceses, el ogro de los insomnios de sus mayores. Era, él, “*el* Talbot”, como ella “*la* Pucela”: a ambos los decían con el artículo de los seres muy singulares.

Con ella adelantaban los suyos. El capitán inglés está confundido: “¿Qué se ha hecho de mi vigor, mi coraje y mi fuerza?” (I, V, 1) “Giran mis pensamientos como el torno de un alfarero. / No sé dónde estoy ni qué hago. / Una bruja, metiéndonos miedo, y no por la fuerza, lo mismo que Aníbal, / empuja hacia atrás a nuestras tropas y conquista lo que le place” (I, V, 19 – 22). “La vergüenza de esto me hará esconder la cabeza” (I, V, 39).

⁷ Asignar significa “señalar, deputar, destinar” a una “persona para tal empleo, tal ministerio” (*Aut.*).

⁸ San Martín trae su “veranillo” el día de su fiesta, 11 de noviembre. El alción “pone sus huevos en el arena junto al mar, anunciando la serenidad del tiempo, porque en catorce días que necesita, siete para empollarlos y siete para criar los polluelos, hasta que pueden volar, está el mar en bonanza, y se aprovechan deste tiempo los marineros para emprender los viajes” (*Aut.*). Ver Sanders, 1981: 168 – 169. Nota a I, II, 131.

Así, bajo su caudillaje, rescatan Orleans (I, VI, 8 – 9). Carlos, entusiasmado, suelta rastra de piropos a la muchacha, la llama “la criatura más divina, hija de Astrea” (I, VI, 4), “gloriosa profetisa” de Francia (I, VI, 8). Partiría la corona con ella, la cantarían “los curas y los frailes” en las misas, la llevarían en andas en las procesiones, levantaría para ella una “pirámide más majestuosa” “que la de Ródope de Menfis”, “transportarían “en los altos festivos, / ante los reyes y reinas de Francia”, “sus cenizas, en una urna más preciosa / que el rico cofre de Darío, con sus joyas engastadas”, sería la nueva patrona de Francia, en lugar de san Denis (I, VI, 17 – 29).

Mas llegan las derrotas.

El Talbot asaltaría de nuevo la ciudad, que había recobrado “Francia cobarde” con sus “brujas [witches] y la ayuda del infierno” (II, I, 16 - 18). Los franceses, sorprendidos, se han desbandado “en camisa” (II, I, 38). Carlos, vencido, muda la opinión y el humor, duda de su musa: “¿Ha sido esto engaño tuyo, dama embustera?” (II, I, 50).

El Talbot reconquista Ruán. Soberbioso, ladra: “¿Y dónde para la Pucela ahora? / Supongo que se le ha dormido su viejo familiar⁹”, el que la favorecía (III, II, 121 – 122).

El Rey Enrique VI de Inglaterra cruza el mar y es coronado en París (IV, I).

Francia necesita tener al Duque de Burgundia de su parte, y Juana será el instrumento (III, III). En el acto siguiente (el cuarto) Inglaterra, partida en dos, dividida entre los de la Casa de York y los de la Casa de Lancaster, peleada por los de la rosa blanca y los de la rosa colorada, deja morir a Talbot, su héroe mayor, y a su valeroso hijo. París, parece, va a caer. Podrá entrar Juana, a la cabeza de los suyos.

Todo se desasta. Los suyos han desamparado la villa de Angers, y queda, sola, la Pucela, y no le valdrán demonios: la gloria de Francia se revolcará por el polvo (V, III, 1 – 29). Ahí la harán prisionera, la juzgarán, y la darán al fuego.

⁹ “También llaman **familiares** a los demonios que tienen trato con alguna persona; traen origen de los duendes de casas, que los antiguos llamaban dioses lares...” (Sebastián de Covarrubias, *Tesoro*)

“Excedo a mi sexo.”

“And thou shalt find that *I exceed my sex* (I, II, 90)”. “Y hallarás que *excedo a mi sexo*.” Dice, y da en la clave de su (des)gracia, de lo que la pierde. Espantaba aquella “mujer vestida de armadura” (“a woman clad in armour”) (I, V, 3), aquella “doncella (...) tan marcial” (II, I, 21). “Pray God she prove *not masculine* ere long...” “Quiera Dios que veamos probado que *no es masculina* antes de mucho...” (II, I, 22) Dios no toleraría aquella criatura monstruosa, indecisa, dudosa, andrógina, la varona.

Maldiciones

*

Se van esos actores mudos, trajeados de demonio, y llega el Duque de York. Juana se quiebra, no puede impedir que la hagan prisionera, las fuerzas sólo le alcanzan para echar pestes sobre York y Carlos: “¡Ojalá manos sanguinarias os sorprendan a los dos en vuestros lechos!” (V, III, 41)

York: *¿Veis? La fea bruja [witch] arruga el ceño
Como si, igual que Circe¹⁰, quisiera cambiar mi forma.
(...)
¡Calla, hereje [miscreant], y reserva tus maldiciones para cuando te pongamos en la picota!*

(V, III, 34 – 35; 44)

*

Condenarán a la Pucela. Mientras se la llevaban, para darla al fuego, chilló desentonada las malaventuranzas que ordenaba contra sus verdugos, y contra su nación:

Pucela: *Llebadme, pues, de aquí, pero os dejo mi maldición:
¡Que el glorioso sol nunca refleje sus rayos
Sobre el país que os sirve de habitación,
Y que la oscuridad y la tétrica sombra de la muerte
Os rodeen, hasta que la discordia y la desesperanza
Os arrastren a romperos el cuello o a ahorcaros!*
Ricardo: *¡Así te rompas tú en pedazos, y te consumas, vuelta ceniza,
Sucio y maldito ministro del infierno!*

(V, IV, 86 – 95)

¹⁰ Circe, la maga, cambió en gorrinos a los compañeros de Odiseo, en su isla sagrada.